

# CONTENIDO

Introducción .....	4
Las creencias que compartimos .....	10
Todo cambia .....	22
¿Cómo se formó el imaginario colectivo del siglo xx en México .....	28
El tejido social .....	34
La gran ruptura .....	42
Valores de la cultura del narcotráfico y su impacto en nuestro país .....	52
Nuestros valores .....	62
Algunas virtudes importantes .....	63
Cortesía .....	63
Lealtad .....	64
Justicia .....	65
Humildad .....	66
Generosidad .....	67
Responsabilidad .....	68
Perseverancia .....	69
Los valores en el hogar .....	72
Trabajo .....	75
La palabra .....	76
El ahorro .....	77
Respeto .....	78
Esfuerzo .....	79
Autoestima .....	79
¿Hacia dónde vamos? .....	82
La supervivencia de la especie .....	83
Sostenibilidad .....	85
Solidaridad .....	86
Equidad de género .....	87
Igualdad social y económica .....	88
Compromiso .....	89
Lealtad .....	90
Trabajo en equipo .....	90
Honestidad .....	91
Lineamientos de políticas públicas para municipios, estados e instituciones educativas con la finalidad de fomentar los valores .....	94
Rescate de espacios públicos .....	95
Realización de torneos deportivos .....	95
Desarrollo de actividades productivas .....	96
Actividades estatales .....	98
Apoyos a jóvenes .....	99
Actividades escolares .....	100
 Anexo 1 .....	
Análisis de la encuesta a alumnos .....	102
Anexo 2 .....	
Sondeo a padres de familia .....	138
Anexo 3 .....	
Sondeo a maestros .....	148
 Bibliografía .....	156

# INTRODUCCIÓN

En México vivimos una época en que, en algunas regiones del país, los delitos de alto impacto, como el asesinato derivado de las actividades del narcotráfico son frecuentes.

Las muertes de los últimos años se pueden contar por cientos de miles, los robos en millones, así como el cobro de piso, algunos otros delitos se cuentan también por cientos de miles. Pero además de este tipo de crisis, se presentan otras, como por ejemplo el suicidio, que cada año cobra miles de víctimas.

Además, los trabajadores cada vez se ven más desprotegidos al ser desplazados de sus empleos; de esta manera surgen otro tipo de trabajos: los “tercerizados”, con los cuales las personas quedan sin derechos laborales o con menos de los que deberían tener.

Puede aducirse que el sistema económico es el culpable de estas situaciones, pero consideramos que hay otro factor que debe considerarse. Entendemos que es un problema de valores.

En este libro, dirigido a los jóvenes que, como tú, cursan la Educación Media Superior, EMS, intentamos, acorde a los objetivos de este nivel educativo, promover la colaboración, la creatividad, la comunicación, la perseverancia, la honestidad, la determinación y la flexibilidad para adaptarse a entornos cambiantes, el liderazgo y la innovación.

Estos valores, para ser efectivos, deben ser asimilados, incorporados a tu sistema de creencias, a tu modo de ver el mundo, ya que si solo son memorizados no te serán útiles, ni a la sociedad en que vives.

En consonancia también con los objetivos de la EMS, proponemos una forma de ser que tenga como base la solidaridad y la sostenibilidad, ambos valores necesarios para mantener a largo plazo la vida, no cualquier vida, sino una vida digna de vivirse. Asimismo también intentamos fomentar una nueva forma de convivir.


Buscamos, además, que a través de sus páginas formes un espíritu crítico, que te lleve a aprender a aprender, que estés consciente que la realidad no es estática y los cambios se suceden vertiginosamente; lo que provoca que la formación continua sea un imperativo.

Buscamos que tus aprendizajes sean significativos, que no te sirvan solo para “pasar” un examen, sino que se integren a tu vida cotidiana, que experimentes lo que significa personalmente, los valores que aquí proponemos.

No se trata de que tengas conocimientos acumulados en tu memoria, sino de que estos te impulsen a crear y a vivir de otra forma, de la manera en que lo pide la nueva sociedad y lo demanda el futuro.

Hablamos de valores porque consideramos que, en muchos niveles, estos se han perdido, el tejido social se ha roto y los resultados saltan a la vista. Intentaremos mostrarte cómo se forman los valores, cómo han cambiado en nuestro país y en algunos otros, qué factores influyen para este cambio y por qué actualmente es común decir que existe una desintegración social.

Analizaremos cómo puede crearse un nuevo tejido social en torno a una red de valores acordes a la nueva realidad y algunos lineamientos para establecer políticas públicas destinadas a dicho fin.



No hay salidas o soluciones fáciles para este problema, quien las ofrezca, ofrece fantasías. Pero vayamos por partes.

Has pensado alguna vez ¿cuáles son los valores que para ti son más importantes?

Quizá decir la verdad, o tal vez no hacer daño a los demás, para otros puede ser la empatía o el derecho a la vida.

No hay una respuesta única, ni siquiera una respuesta correcta, los valores dependen de lo que la sociedad considera como tales.

Sabemos que, para bien o para mal, los valores no son eternos, no existen en un mundo ideal más allá del tiempo y del espacio. Por el contrario, los valores se encarnan en un aquí y un ahora. Los valores que hoy te parecen naturales, quizá mañana no lo parezcan tanto.

Seguramente alguna vez tus padres o alguna persona mayor te ha dicho que cuando él era joven las cosas no eran igual que hoy; que antes los jóvenes tenían respeto a los mayores y que en la actualidad, desde su punto de vista, ya no es así.

Eso se debe precisamente a que los valores van cambiando. Los valores morales son el reflejo de una sociedad específica; por ejemplo, el México a inicios del siglo <sup>xxi</sup>, en donde los valores no son los mismos que en el México de inicios del siglo <sup>xx</sup> o a inicios del siglo <sup>xix</sup>.

Algo que hoy te parece normal, que hombres y mujeres estudien juntos en una misma escuela, hace unos años no era así; había escuelas para hombres y para mujeres, estudiaban separados porque no se consideraba aceptable que lo hicieran en un mismo lugar.

Peor aún, durante mucho tiempo se consideró que las mujeres no debían estudiar, ya que su destino era casarse, inclusive en alguna época muchas mujeres aceptaban que sus estudios eran MMC “Mientras Me Caso”.

Actualmente las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, aunque en ocasiones no se cumple esa igualdad, por lo que seguramente te enteras cada día que existe una lucha por la igualdad de género.

Es probable que no creas lo que te estamos diciendo, porque no percibes el porqué de esa distinción, pero así era.

Seguramente te parecerá increíble en estos tiempos, que hace algunos años las mujeres no pudieran usar pantalones porque se consideraba inmoral.

O que “se veía mal” que las mujeres trabajaran, o que durante más de la mitad del siglo pasado las mujeres no tenían derecho a votar para elegir a las autoridades.

O que una mujer divorciada era señalada por la sociedad, por lo cual muchas preferían mantener un matrimonio, aunque este no fuera el que deseaban.

Los valores van cambiando con el tiempo.

Hoy se discute si el aborto es un pecado, un delito o si los hombres tienen derecho a opinar al respecto. Pero hace algún tiempo ni siquiera era un tema a discusión, no se podía hablar de ello, pues era pecado o un delito y en algunos estados de nuestro país continúa siéndolo.

El tema de los valores es importante porque vas a encontrarlos a lo largo de tu vida, en todos los aspectos: familiares, sociales y laborales. No hay un ámbito de tu vida en que los valores no aparezcan.

Hablar de valores es también hablar de tomar decisiones. Finalmente puedes optar por rechazar una forma de pensar o puedes aceptarla y actuar en consecuencia. Es, como dice Fernando Savater, una cuestión de libertad (Savater, 1991).

Aunque existen algunos autores que consideran que la cuestión de la libertad es relativa, que tu entorno y tu genética van moldeando las decisiones que puedes o no tomar.

Como vivimos en una determinada sociedad, hemos decidido aceptar unas ciertas reglas que nos permiten llevar nuestra vida dentro de una comunidad. Existen dos tipos de reglas: las legales, que todos debemos cumplir; y las morales que, nos guste o no, son opcionales y no necesariamente tenemos que llevar a cabo.

Las normas legales se llaman leyes y ellas te dicen cuáles son las conductas que tienes obligatoriamente que cumplir, a menos que desees ir a la cárcel por violarlas. Por ejemplo, puedes tomar la decisión de matar a una persona, pero si lo haces, sabes que tendrás un castigo. Las leyes que nos rigen establecen que el asesinato no está permitido y se castiga con cárcel. Pero independientemente del castigo legal que tendrías en caso de realizar un asesinato o incluso una muerte accidental, que puede llevar también un castigo moral, seguramente tu conciencia te diría algo.


Esa voz que en ocasiones escuchamos diciéndonos que no hagamos tal o cual cosa, es la resonancia de tus valores morales en tu cerebro.

Ese diálogo que tienes contigo mismo y te dice que no te apropiés de dinero que no es tuyo, que no copies en el examen o simplemente que no golpees a tu compañero por más enojado que estés, son tus valores morales intentando detener las acciones que realizarías si tus principios fueran otros. Tampoco puedes robar, las leyes son claras al respecto, si decides hacerlo serás castigado. La moral es una conducta que la sociedad considera valiosa. Sin embargo, al no apegarte a ella no amerita un castigo corporal, como ser recluso en una prisión, una multa o reparar el daño realizado.

En todo caso, el castigo, si es que existiera, te lo impondrías a ti mismo por la vía de remordimientos, de pensar “no debí haber hecho tal o cual cosa”.

Nadie te obliga a cumplir con estas normas, aunque haya circunstancias que limiten tus opciones, pero obligación, no tienes. Insistimos, es una cuestión de valores, un problema de valores.

Hay quienes dicen que los valores son eternos, quienes lo hacen, en realidad están hablando de los tipos de valores que existen, no de la forma en que son asumidos por una sociedad en particular. Tienen razón en que la valentía, la bondad, la solidaridad y todos los valores son eternos en cuanto a su existencia, aunque no así en lo que respecta a la forma en que se definen en cada época o sociedad. Cuando reflexionamos acerca de los valores estamos hablando de ética.



La ética es la parte de la filosofía que, precisamente, analiza los valores en su sentido eterno. Por ello muchos consideran que los valores son eternos y que se entiende lo mismo por valor en todo tiempo y lugar.

Lo cual, obvia decirlo, no es cierto. En la antigua Roma las madres preferían ver muertos a sus hijos que saber que eran cobardes a la hora de un combate. Hoy muchas madres prefieren que sus hijos no vayan a la guerra y vivan pese a ello.

Las madres romanas consideraban más valioso el valor de la valentía o el sacrificio por la patria, que la vida misma. Actualmente la vida se considera el valor máximo, por encima de otros valores, pues para encarnarlos se debe estar vivo.

Nelson Mandela escribió que algunos principios que deberíamos transmitir a nuestros hijos son “la honradez, la sinceridad, la humildad, la generosidad, la buena disposición a ayudar, cosas que deben ser la base de la vida espiritual de una persona” (García Novella, 2012).

Pero también hay algunas personas que consideran que los valores dependen de la sociedad en que vives y de la forma en que esta sociedad reacciona ante ellos. Hablamos en este caso de la moral, de las costumbres sociales.

Cuando hablamos en abstracto de valores, expresamos esos valores eternos, del nombre que tienen, de cómo se les piensa desde el punto de vista filosófico, pero cuando hablamos de la forma en que cada sociedad los interpreta, entonces nos damos cuenta de que dicha interpretación no es igual en cada sociedad y mucho menos en el tiempo.

Puede parecer que los valores tal y como se interpretan hoy, son la única forma válida, sin embargo, no es así, la moral depende de las costumbres sociales, de la sociedad en que se vive y de la época en que se desarrolla la vida.

Es como en un viejo programa de televisión: *Los Picapiedra*, en que se trasladaban los valores de la vida moderna norteamericana a la vida que supuestamente existía en la época en que los dinosaurios dominaban la tierra.

Independientemente de que los dinosaurios y los hombres no coexistieron, lo importante en ese programa era la forma en que se trasladaban los valores de los años 60 o 70 del siglo pasado, a una época distinta.

Los hombres utilizaban corbata (aunque no vestían camisa ni pantalón, y menos traje). Tenían autos, pero estos no contaban con motores. Trabajaban en fábricas, con horarios determinados y al salir del trabajo, iban a sus casas a ver televisión.

Independientemente de que era un programa de caricaturas, normalizaba los valores que se vivían en Estados Unidos como si estos fueran los valores de todos los países y todos los tiempos.

En cualquier caso, lo que se busca es tener una vida buena, una vida digna de ser vivida y esta vida buena tiene que ver tanto con cuestiones sociales como personales.

Vivir una vida digna tiene que ver con un mínimo de confort material. Obviamente no puede haber una vida digna de ser vivida cuando se vive hundido en la pobreza, al menos no desde el punto de vista social.

¿Has visto personas que viven en las calles? Seguramente que sí. Al recorrer algunas áreas de la ciudad en que vives puedes encontrar a quien pide una caridad para subsistir. ¿Qué crees que le importe más en esa etapa de su vida a esa persona en específico: ¿Comer y sobrevivir un día más, o saber que existen ciertos derechos universales de los cuales es acreedor? Es difícil saberlo, ya que ni tú ni nosotros estamos en su situación.

Pero no sería nada extraño que prefiriera comer que saber cuáles pueden ser esos derechos. Su principal preocupación es sobrevivir, porque sin vida ya no hay derechos humanos que valgan, tampoco valores morales a los cuales apegarse. Pero tampoco podría hablarse de una vida digna cuando, aun en la opulencia, se fundamenta en el dolor ajeno.

¿Te gustaría tener algunos millones de dólares, vivir en una casa muy grande y tener varios automóviles lujosos? O, ¿qué te parecería tener la mejor ropa que puedas encontrar en las tiendas de lujo, además de los mejores celulares y los más nuevos “gadgets” electrónicos?

Y si para tener todo ello tuvieras que realizar acciones que tus padres y la escuela te han enseñado que no son aceptables, por ejemplo, robar, o vender drogas, ¿aún así te gustaría tener todo eso que señalamos antes?

Son decisiones que podrías tener que enfrentar a lo largo de tu vida. Tú decides si aceptas o rechazas los valores que tus padres y la escuela te han inculcado. De eso se trata este libro: de los valores. De los que adquieres en tu familia, en la escuela; de los que aceptas, de los que rechazas.

Se trata también de la vida, de las decisiones que tomas y de la responsabilidad que asumes al adquirirlas.

Toda decisión que eliges tiene un costo, un riesgo y, es preferible conocerlo, saber si estás decidido a asumir ese costo o ese riesgo. Por eso es que tiene sentido hablar de valores.

Hablamos de tu libertad como ser humano para decidir, de las situaciones que condicionan tus decisiones y de las consecuencias que tendrán para ti y tu familia.

No son temas sencillos. En ocasiones tomar una decisión tiene un costo alto en muchos sentidos. Pero así es la vida. Una toma de decisiones constante en la que hay costos, pero también hay ganancias, quizá no económicas, sino morales. Al final de cuentas, vivir es eso: alcanzar un logro tras otro, tomar una decisión tras otra.

En la primera parte de este libro analizaremos la forma en que se van generando los valores a lo largo de la historia, de cómo se requiere de la aceptación de un marco social, de una creencia generalizada para materializar los valores.

Enseguida comentaremos acerca de la evolución social y de cómo esta afecta a los valores, de cómo toda sociedad va cambiando de generación en generación y con ese cambio los valores se transforman.

Seguramente has escuchado en alguna parte que nuestro país requiere de “reconstruir el tejido social” para recuperar los valores. Te comentaremos por qué se rompe un tejido social y por qué lo más seguro es que no se puedan “recuperar” los valores, pero sí generar valores comunes en las sociedades.





## Las creencias que compartimos

Seguramente atiendes cuando tus padres, o tus familiares más cercanos, te aseguran algo, o seguramente acatas la mayoría de las órdenes que te dan.

¿Te has preguntado por qué lo haces?, ¿por qué obedeces las reglas de tu casa?

Lo más probable es que eso se debe a que compartes ideas, una historia familiar y valores con quienes forman tu familia.

Hay jóvenes que no aceptan esos valores o esa historia familiar compartida y simplemente abandonan la casa o viven en conflicto con sus familias.

Compartir valores es fundamental para pertenecer a un grupo, puede ser la propia familia, la ciudad donde vives o el país, pero también puede ser un grupo de jóvenes que se reúnen a jugar, una pandilla o cualquier otra agrupación.

La serie de historias, valores y mitos fundacionales que comparten las personas que componen una sociedad se llama “imaginario social”.

Puede ser una serie elaborada de “relatos” que todos consideran como verdaderos o que actúan como si los creyeran ciertos, pero también puede ser una vaga serie de

reglas que todos aceptan obedecer. Así, por ejemplo, si juegas al fútbol, es probable que aceptes que en alguna ocasión vas a quedarte fuera del partido, en la banca, ya sea porque así lo decide el entrenador, porque estás lesionado o, simplemente, porque hay alguien que debe jugar para alcanzar algún determinado objetivo.

En este caso, las reglas con las cuales se desarrolla el juego son muy claras, están escritas y se utilizan en todos los campos de fútbol del mundo, pero las reglas debido a las cuales puedes jugar o no en un día determinado, no son tan claras, no están escritas. La situación es la siguiente: si quieres pertenecer al equipo, debes considerar esta situación que no está normalizada.

Pongamos por caso que el entrenador de tu equipo no le gusta cambiar las alineaciones semana a semana, pero que en la liga en que juegas es necesario que siempre haya un novato en la cancha por lo menos durante 45 minutos del partido, es muy probable que la forma en que se decida quién juega o no sea más o menos arbitraria.

Pese a ello todos los jugadores saben que deben aceptar el criterio del entrenador, se tenga o no claro cómo toma la decisión, pero él tiene el poder de tomar esa decisión.

A esas “reglas”, claras o no, a la decisión de aceptar como válidas las mismas se le llama “imaginario colectivo”. En pocas palabras es la serie de creencias que dan sentido a una sociedad.

Julio César, el emperador romano, aseguró que “la vida no tiene ningún significado a excepción del que nosotros podemos otorgarle”.

Para muchos resulta obvio que eso no quiere decir que la vida sea solo caos, que no exista algún tipo de orden, o que no se le puede dar ese sentido.

Seguramente habrá también quien interprete esa aseveración tomando solo la primera parte: “la vida no tiene ningún significado” y partiendo de ahí asegurar que nada tiene sentido, esta postura es conocida como nihilismo que, aunque parece que no tiene nada que ver con nosotros, se ha extendido en nuestro país debido a la cultura que ha producido el narcotráfico, como veremos más adelante.

Hay quienes creen precisamente que es así, que la vida no tiene significado y que da lo mismo hacer una u otra cosa ya que, al final de cuentas, nada importa. En alguna canción se puede escuchar la frase “...y la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido”.

Así lo expresa, también, y de una manera muy interesante Janne Teller en su novela *Nada*, publicada en 2010, y en la cual un joven simplemente abandona la escuela porque asegura que nada en el mundo tiene sentido.

Esa postura ante la vida hace que sus compañeros de clase sientan que algo no está bien, que debe tener algún sentido ir al colegio, estudiar, vivir, casarse, tener hijos... y desencadena toda una serie de situaciones y hasta agresiones buscando que este joven vuelva a la “cordura”.

Pierre Anthon, el personaje insubordinado, no está de acuerdo con sus excompañeros y decide pasar el tiempo sentado en las ramas de un árbol, hasta donde llegan aquellos para intentar convencerlo de volver.

Ante las negativas de Pierre, sus excompañeros deciden agredirlo físicamente, lanzan piedras intentando lastimarlo para que entienda que algunas cosas sí tienen sentido y valen la pena, pero aquel sigue en su postura.

De esta manera, el joven Pierre Anthon se convierte en una amenaza para el grupo, porque deja de aceptar lo que hasta hace poco era el imaginario colectivo que compartían todos ellos. Una amenaza tan fuerte, que acaba con la muerte de uno de los personajes, no te diremos cuál para no arruinar el final de la novela (Teller, *Nada*, 2010).





Lo importante de esta novela es que se rompe esa especie de contrato social que firmamos todos, metafóricamente hablando, cuando aceptamos pertenecer a un grupo.

Y al romperse eso que los unía, el grupo pierde sus marcos de referencia, no sabe qué hacer, no entiende entonces cuáles son los valores funcionales.

En una publicación posterior, Teller asegura que “la nada es un lugar aterrador. Un lugar sin sentido, sin conexión con el verdadero ser humano, sin vida auténtica, sin amor real. Un lugar del que solo es posible huir”. Por contraparte, nos dice “el todo es la existencia común a todos nosotros, es nuestra voz interior, es lo escrito entre líneas” (Teller, 2014).

En pocas palabras, el todo, al contrario de la nada, sería lo que compartimos como humanidad.

En el caso de la educación, casi todos estamos de acuerdo en que es necesaria y vital para llevar una vida digna de ser vivida, pero también, como lo señala la Subsecretaría de Educación Media Superior, que la educación debe estar conectada con la realidad que vives, ya que, de otra forma, no tendría sentido alguno.

Por ejemplo, qué sentido tendría mostrarte una lista de valores que deberías aprender de memoria para aprobar el examen final, si esos valores no significan nada en tu vida.

También, de qué serviría darte una gran cantidad de datos si vivimos en una etapa de transición entre la sociedad del conocimiento y la sociedad del aprendizaje y la innovación. En ella deberás procesar enormes cantidades de información a gran velocidad y comprender y utilizar, de manera simultánea, la tecnología que forma parte de tu entorno cotidiano.

Es el imaginario social, del cual te hablamos al principio de este capítulo, un grupo de historias que brindan cohesión, unión, a los grupos sociales. Pero al mismo tiempo, son estas creencias compartidas las que brindan un sentido a la vida, un sentido adecuado a la sociedad en que se vive. Más aún, una forma de ver la vida y de vivirla.

Todos los individuos contamos con ese imaginario social, una serie de creencias que compartimos con nuestro grupo, que puede ser nuestra familia o nuestros amigos, pero difícilmente encontraremos a alguien que no tenga un “imaginario social” que comparta con otros.



¿Te has preguntado alguna vez cuáles son esas historias o valores que compartes con tu grupo?

Consideremos a tus amigos que son más cercanos. ¿Cuáles son los valores que compartes con ellos? ¿Lealtad, quizá? Por ejemplo, si alguien quiere saber quién de ustedes realizó una acción considerada no apropiada, como romper un vidrio de alguna casa debido a que se encontraban jugando fútbol, ¿estarías dispuesto a delatar a alguno de tus compañeros con la finalidad de que no te culpen a ti?

Ahora bien, suponiendo que estuvieras dispuesto a cargar con la culpa con tal de no denunciar a tu amigo, la pregunta es: ¿harías lo mismo por alguien que no fuera amigo tuyo?

Suponiendo que fueras capaz hasta de asumir una culpa que no es tuya con tal de no romper las reglas de tu grupo, ¿cómo te sentirías?, ¿satisfecho quizá?, ¿valiente, tal vez?

Seguramente considerarías que estás haciendo lo correcto, que de esa manera se comportan los amigos, que las reglas de tu grupo son importantes.

En ocasiones los grupos asumen algunos signos o símbolos que los identifican, algún tatuaje, alguna ropa o cualquier otra forma de identificación.

Quieren distinguirse de quienes no forman parte del grupo.

Más aún, no permiten que quienes no son parte del mismo grupo utilicen lo que se considera su sello distintivo. Por ejemplo, un pañuelo de determinado color anudado al cuello, un tatuaje o cualquier cosa que consideren como “su” signo distintivo.

Cuando los grupos son pequeños, las reglas son más o menos difusas, no se especifican, se transmiten de modo directo y verbal, es decir, se explican entre los mismos miembros de los grupos, principalmente quienes son los líderes van señalando a los demás, cuáles son las reglas que deben seguir.

Pero, así como en los grupos de amigos, de familiares, existen reglas, en grupos más grandes como las escuelas, las ciudades y los países, también existen normas.

Tal como nos dice García Novella en su libro *¿Dónde está Dios, papá?*, esta creación de normas se presenta desde cuando los humanos formaban grupos de pocos miembros, pero, asegura, “conforme el tamaño de los grupúsculos iba aumentando, hasta convertirse en tribus, y más aún cuando se establecían en asentamientos grandes permanentes, se iban haciendo necesarios, al mismo tiempo, códigos morales articulados” (García Novella, 2012).

Esto porque, según algunos antropólogos, los seres humanos solo tenemos capacidad para establecer relación directa con grupos pequeños, de aproximadamente 150 personas, más allá de lo cual se pierde esa relación directa.

El mismo autor señala que “al aumentar la población crecían los conflictos internos y con ellos la obligación de contar con normas claramente establecidas que buscarán el interés, no de un individuo en particular, sino de todo el grupo”. Continúa diciendo que “si cualquiera puede robar o matar a otros miembros, la supervivencia del conjunto y de la especie se pone en peligro” (García Novella, 2012).

De ahí lo peligroso que resulta una postura como la que señalamos arriba con relación a que existen individuos que interpretan la vida como algo en la que pueden realizar cualquier actividad, ya que nada importa.

Romper las reglas de un grupo equivale a exponer a dicho grupo a una posible extinción, a su desaparición.

Imagínate que de pronto alguien despierta un día pensando en que las leyes no se le deben aplicar a él, ya sea porque se considera especial o porque simplemente desconoce la autoridad que tiene el grupo.

Esa persona pone en riesgo al grupo porque puede suceder que otras personas lo sigan y entonces el grupo se puede desvanecer, se puede acabar o, por lo menos, entrar en conflicto.

Un poco como lo que sucede con quienes deciden enfrentar a las autoridades realizando secuestros, traficando drogas y extorsionando.

Los valores pues, forman parte importante de los grupos humanos, son tan importantes que pueden significar la diferencia entre la permanencia en el tiempo de un grupo o su desaparición. Pero, por lo que respecta a los individuos, pueden inclusive condicionar lo que se percibe o no.

Citando a Anaís Nin, García Novella señala “las cosas no las vemos como son, las vemos como somos” y explica “cada uno de nosotros tiene una forma de interpretar la realidad y eso es algo que hay que entender y ponderar” (García Novella, 2012).

Veamos un ejemplo. Supongamos que tus padres te han enseñado que no debes obtener cosas que no son tuyas, pero también te han enseñado que debes compartir lo que tienes con quien lo necesita.

¿Qué harías si un compañero o compañera tuya tomara tu lápiz el día del examen y ello te ocasionara que el maestro te regañara e incluso te impidiera realizar el examen?

Por un lado, tus padres te han enseñado que es indebido obtener objetos que no te pertenecen, tal como lo hizo tu compañero o compañera.

Esta acción la evaluarías como negativa en virtud de que alguien te está robando tu lápiz, que necesitas para presentar el examen y de ese modo aprobar o no la materia en cuestión.

Tus padres hacen un sacrificio para que tú vayas a la escuela y te han pedido que estudies y no repruebes materias.

Estás en problemas, esta situación es grave para ti.

Por otra parte, tus padres también te inculcaron que debes compartir tus cosas con quien no tiene lo que necesita. Te enseñaron que debemos ayudar a quien lo requiere y tu compañero o compañera necesita ese lápiz, precisamente, para presentar el mismo examen que tú.

Debes tomar una decisión, reprobar la materia o quitar a tu compañero o compañera el lápiz para así poder presentar el examen.



¿Qué harías?

No siempre es fácil decidir, en este caso hay dos valores que se contraponen: ayudar a tus semejantes o permitir que alguien robe algo.

La decisión que elijas va a depender de la forma en que organizas tus valores, cuáles son más o menos importantes, al menos en esta ocasión.

Para complicar el asunto, quien robó tu lápiz pudo ser tu amigo o amiga, u otra persona que no forma parte de tu grupo amistoso.

Quizá sea una persona que te simpatiza y quieras mostrarle lo que estás dispuesto hacer por ella.

De eso también depende la forma en que evalúas la situación, si pertenece a tu grupo o no.

Juzgamos a las personas dependiendo de la relación de “pertenencia” que tienen con nosotros.

Más difícil todavía. Tú formas parte no solamente de un grupo, sino de varios; los cuales están en tu mismo salón de clases, en la calle donde vives, en la iglesia a la que asistes, etc. Y también existen otros grupos cercanos a los tuyos.

Cada grupo, por cierto, tiene también sus valores y quienes forman parte de uno o varios grupos comparten esos valores, aunque algunos puedan llegar a ser opuestos entre sí, como en el caso del lápiz robado que vimos antes.

La historia nos ha enseñado que los humanos siempre hemos vivido en grupos de distintos tamaños y durante los primeros tiempos de la humanidad en grupos pequeños, muy diferentes a las comunidades de hoy.

Por ejemplo, es probable que los alumnos de tu escuela sean más que el número de humanos que formaban los primeros grupos, las primeras sociedades. Por ello hay quienes aseguran que los humanos aprendimos a vivir en grupos pequeños y aún somos incapaces de manejar situaciones con grupos grandes, por lo que requerimos del imaginario colectivo acerca del cual te contábamos y que tiene como función cohesionar a los grupos.